

*tommy wallach*  
y todos miramos al cielo



*tommy wallach*

# y todos miramos al cielo



Crossbooks, 2016  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *We all looked up*  
© Tommy Wallach, 2015  
© de la traducción, Patricia Valero Mous, 2015  
© Editorial Planeta S. A., 2016  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Primera edición: mayo de 2016  
ISBN: 978-84-08-15521-8  
Depósito legal: B. 7.660-2016  
Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# Peter

—NO ES EL FIN DEL MUNDO —dijo Stacy.

Peter bajó la vista. Llevaba un rato mirando al cielo, distraído, repasando mentalmente la conversación que había tenido con el señor McArthur. Todavía no sabía qué conclusiones sacar.

—¿Qué?

—Digo que no es el fin del mundo. Vale, a una persona no le gustas. ¿Y qué?

—¿Crees que no le gusto?

Stacy suspiró. Llevaban hablando del tema quince minutos, lo cual, según la experiencia de Peter, era algo así como catorce minutos más de lo que a su novia le gustaba dedicar a cualquier tema serio.

—No sé. A lo mejor es que está celoso de ti o algo así.

—¿Por qué iba a estar celoso de mí?

—Porque... —Stacy se colocó la melena sobre el hombro y luego volvió a ponerla donde estaba.

Peter no entendía por qué siempre hacía eso; a lo mejor es que lo había visto en un anuncio de champú o algo parecido. Tenía un pelo espectacular, eso sí —candidato, sin

duda, al mejor pelo del instituto cuando llegase el momento de hacerse las fotos para el anuario—, largo, castaño claro, con la misma textura brillante y sedosa de una camiseta de básquet.

—... aún tienes mucho por hacer, ¿sabes? O sea, toda la vida por delante. Y él está atrapado en esta mierda de instituto, enseñando los mismos temas sobre Historia una y otra vez. Si tuviese que hacer lo que él hace cada año, con toda probabilidad acabaría ahorcándome dentro de un almacén o algo así.

—Ya...

Nunca se le había ocurrido que un profesor pudiese estar celoso de un alumno. De pequeño, Peter pensaba que, una vez llegabas a cierta edad, de algún modo se te concedía todo el conocimiento que necesitabas para convertirte en un adulto. Pero parecía ser que, en realidad, las cosas no funcionaban así. Su padre le había confesado no hacía mucho que, incluso a la edad de cincuenta y dos años, a veces se levantaba por la mañana convencido de que solo tenía veinticuatro, con toda la vida por delante como una cena de Acción de Gracias intacta. Era uno de los muchos misterios de hacerse mayor, junto con la calvicie, la crisis de los cuarenta y la disfunción eréctil. Claro que la única alternativa a no tener que pasar por todo eso, ir perdiendo tu atractivo y tus dientes y tu pelo y al final incluso la cabeza, era estirar la pata antes, algo que absolutamente nadie quería hacer.

El señor McArthur era calvo. A lo mejor también tenía disfunción eréctil. Y, en serio, ¿qué derecho tenía Peter a estar molesto con un profesor de Historia entrado en años cuando su propia vida pintaba espectacular? En sus tres

años y medio en Hamilton había sido titular del equipo de baloncesto infinidad de veces. Había ido a los campeonatos del estado en dos ocasiones y al nacional en una. Había perdido la virginidad con Stacy, le habían regalado un Jeep por su decimosexto cumpleaños y había acabado morado perdido en unas cien fiestas locas y divertidísimas. Y ahora tenía dieciocho. En otoño, se iría a la soleada California (técnicamente, las cartas de aceptación no llegaban hasta marzo, pero el departamento de deportes de Stanford le había confirmado que ya era como si estuviese admitido). Y, en serio, ¿cuánto iba a molar ir a la universidad? Metido en alguna fraternidad y jugando a básquet por todo el país y saliendo de fiesta con todos sus compañeros cada fin de semana. Seguro que Stacy estudiaría en la Universidad de San Francisco, así que se verían siempre. Y, entonces, con un poco de suerte, se haría jugador profesional, o entrenador, al menos, y Stacy y él se casarían y tendrían niños y pasarían las vacaciones de Navidad en Baja o en Tijuana y comprarían una casa con jacuzzi, que sería lo más en un lugar de veraneo como el lago Chelan. Eso era de lo que se suponía que iba la vida, ¿no? De ir mejorando cada vez más.

Pero Peter sabía que no era así para todos; veía las noticias (al menos, las miraba con el rabillo del ojo cuando sus padres las ponían). La gente moría de hambre. La gente perdía su trabajo y su hogar. A la gente le diagnosticaban enfermedades súper raras y pasaban por divorcios horrosos y sus hijos tenían accidentes de moto y acababan en silla de ruedas.

Y si no era así, ¿qué demonios había querido decir su profesor en clase?

—Deja de preocuparte por ello, cariño. —Stacy le dio

un beso en la mejilla—. Si yo tuviese que ponerme hecha una fiera cada vez que no le gusto a alguien, estaría, bueno... —Lo pensó durante unos segundos y entonces se encogió de hombros—. No sé, hecha una súper fiera.

—Ya, tienes razón.

—Claro que la tengo. Y también tengo mucha hambre. Vamos.

Ese día había *nuggets* de pollo en la cafetería; era el día favorito de los alumnos (porque los *nuggets* de Hamilton estaban riquísimos). Peter llenó su bandeja con dos cajas, un Gatorade de lima limón, un postre de chocolate, una manzana, una barrita de cereales y una pequeña porción de ensalada compuesta por lechuga y zanahoria rallada. Cruzó la cafetería y entrevió el nuevo color de pelo de su hermana (en el lavabo que compartían, aún parecía que un duende hubiese vomitado y luego muerto). Estaba comiendo con el friki de su novio en la mesa de los rarillos. En su cabeza, Peter seguía viéndola como una niña, sentada a su lado en el sofá de la sala de estar, jugando con sus Legos, antes de que se transformase en alguien hiperfemenino e incomprensible.

—Tío, ¿estás bien? —Peter levantó la vista y se encontró con la mano de su mejor amigo, Cartier Stoffler, saludándole—. Ya me he comido como tres de tus *nuggets*.

—¿Ah, sí? No sé, estoy teniendo un día muy raro. Algo que me ha dicho un profe.

—¿Estás metido en algún lío?

—No, no es eso. Es difícil de explicar.

—Este es mi truco con los profes, ¿vale? Ni siquiera los escuches. Nunca.

—Genial.

—A mí me ha funcionado hasta la fecha —dijo, metiéndose otro *nugget* en la boca.

Peter rio de forma tan convincente como pudo. Normalmente, a Cartier se le daba muy bien eso de animarle, pero ese día no había manera. La pregunta del señor McArthur había creado un agujero negro que se tragaba todo lo bueno que tenía a su alrededor. O, mejor dicho, hacía que todo lo que tenía a su alrededor apestase. Por ejemplo, de repente apestaba que casi hubiesen acabado el instituto. Y apestaba de verdad que Cartier hubiese escogido la Universidad de Washington para estudiar elaboración de cerveza en lugar de ir a una de California. Eran amigos desde el primer día de clase, tan inseparables que el entrenador Duggie los llamaba «galletas Oreo» (Cartier, aunque era negro, decía que él era la parte de la nata porque era mucho más suavcito). Habían compartido su primer botellín de cerveza, su primer porro, sus respuestas a las preguntas de los deberes e, incluso, durante unas semanas en cuarto de la ESO, a Amy Preston, quien había conseguido convencerlos de que era perfectamente normal para una chica tener dos novios a la vez. Y, claro, seguro que podrían seguir viéndose en vacaciones —Acción de Gracias, Navidad y los largos fines de semana del verano—, pero no sería lo mismo. En realidad, ya no salían por ahí juntos tanto como antes. Y lo más doloroso no era el hecho de que ya no serían amigos, sino que era probable que ni siquiera les importara no serlo.

Y si Cartier y él no podían seguir siendo uña y carne, ¿quién le aseguraba que él y Stacy no acabarían rompiendo también? Peter estaría fuera, jugando partidos cada fin de semana, y ella estaría sola. ¿Seguiría siéndole fiel? Y él ¿le

sería fiel a ella? ¿Importarían los últimos cuatro años una vez vividos los siguientes cuatro?

No hubo forma de que todos esos pensamientos oscuros le dejaran en paz durante la hora de la comida, y, encima, después tuvo que soportar las clases de química y de matemáticas, más dos horas agotadoras en el gimnasio, corriendo desconcentrado y dando pases sin pensar, de forma instintiva. Así que no fue hasta que se encontró bajo el vapor del agua caliente de la ducha del vestuario que pudo volver a pensar con claridad. Y allí estaba la pregunta del señor McArthur: «¿Sería eso una victoria pírrica?»; se le había pegado como una de esas tontas canciones pop de las que solo te sabes el estribillo.

Se pasaría por el departamento de Historia. Si el señor McArthur ya se había ido a casa, entonces lo dejaría correr. Y si aún estaba allí, al menos así, Peter podría dejar de oír la estúpida cancioncilla en su cabeza.

Era la última semana de enero, y eso en Seattle significaba días demasiado cortos. Te metías en el gimnasio en pleno día y, para cuando salías, el sol se estaba poniendo en el horizonte tan rápido que parecía que se estuviese escondiendo de algo. Peter dejó el vestuario un poco después de las seis y todo lo que quedaba del día era un furtivo destello rojo en el horizonte. Se subió la cremallera del anorak North Face y metió las manos en los bolsillos de borreguillo. Su madre le había regalado unos guantes de piel por Navidad, pero había dejado de llevarlos cuando Stacy le dijo que parecía uno de esos tipos que les ofrecen caramelos a los niños a la salida de la escuela. Los únicos alumnos que

seguían en el edificio representaban los dos extremos del espectro estudiantil: los empollones que se quedaban hasta tarde en la biblioteca y los *skaters* y holgazanes que no tenían ningún sitio mejor adonde ir. Incluso desde dentro del departamento de Historia se oía el ruido de sus monopatinés derrapando.

Peter llamó a la puerta del señor McArthur con la esperanza de que nadie la abriera.

—Adelante.

Su despacho estaba tan abarrotado que la puerta chocaba contra un taburete, y Peter tuvo que deslizarse por el pequeño hueco que quedaba para poder entrar. El señor McArthur estaba solo —sus dos colegas ya debían de haberse marchado a casa—, sentado en una silla de plástico marrón delante de un escritorio estrecho lleno de pilas de trabajos por corregir. Peter nunca se había sentido seguro a la hora de adivinar la edad de cualquiera que estuviese entre los veinticinco y los sesenta, pero suponía que el señor McArthur debía de tener unos cuarenta y muchos; su frente estaba marcada por las arrugas, pero estas no le hacían parecer tanto viejo como constantemente preocupado. Era popular entre los estudiantes, cautivador pero sin pasarse. A Peter siempre le había caído bastante bien; hasta ese día.

—Hola, señor Roeslin. Considérese en su casa.

—Gracias.

Peter se sentó en un pequeño sofá. Sobre uno de los cojines, bocabajo, había un conejo de peluche hecho polvo. Las partes de color rosa se habían vuelto grises con el paso del tiempo. El señor McArthur escribió «Notable» en uno de los trabajos que estaba corrigiendo y rodeó la palabra dos veces. Su bolígrafo no era el típico rotulador, sino

uno algo más delgado y elegante, con la punta de metal en forma de diamante. Le puso el capuchón y lo dejó en la mesa.

—Y bien, ¿en qué puedo ayudarte?

En realidad, Peter no había pensado en lo que iba a decir y ahora las posibilidades se amontonaban en su mente y tropezaban unas con otras como una defensa sobrepasada por una buena estrategia ofensiva.

—Bueno, yo, hoy hemos estado hablando, ¿no? Y usted me ha hecho esa pregunta sobre una estrella de los deportes y tal, y se refería a lo que yo hago, ¿sabe? Quiero decir, que creo que se refería a mí. ¿Sabe lo que quiero decir?

—Es posible —dijo el señor McArthur con una sonrisa paciente.

Peter se puso a acariciar el conejo de peluche de forma inconsciente, intentando recordar exactamente lo que había sucedido. Habían estado hablando del concepto de «victoria pírrica», que venía de la época de los romanos y quería decir ganar algo, como una batalla, por ejemplo, pero habiendo perdido tanto para conseguirlo que casi no salía a cuenta haberla ganado. El señor McArthur les había preguntado a sus alumnos si sabrían citar casos de la vida real. Nadie había levantado la mano, así que Peter se lanzó a ello y propuso que si ganabas un partido de baloncesto o de fútbol o similar, pero en él se lesionaba tu mejor jugador, eso sería un ejemplo. El señor McArthur asintió, pero se quedó mirando a Peter con toda la intensidad que le otorgaban sus ojos sinceros y su frente inquisitiva y dijo: «¿Y si fueses una estrella del deporte, ganases un montón de dinero, comprases casas enormes y condujeses coches caros, pero al final de tu carrera fueses profundamente in-

feliz porque no supieses de qué había servido todo eso? ¿Sería una victoria pírrica?».

Había dejado la pregunta así, suspendida en el aire, como el arco de un tiro de tres puntos. Y, entonces, Andy Rowen añadió: «Yo me quedaba con esa vida de todos modos», y la clase entera estalló en carcajadas y pasó a hablar de Julio César.

Pero Peter no podía dejar de pensar que, con toda probabilidad, el señor McArthur tenía razón: sería una victoria pírrica. Porque cuando los días de gloria hubiesen acabado, cuando estuvieses en tu lecho de muerte, viendo de nuevo tu vida pasar por delante de tus ojos, ¿no sería muy deprimente pensar que habías perdido los mejores años de tu vida jugando?

Eso era lo que había estado martirizando a Peter durante las últimas seis horas, aunque no sabía exactamente cómo expresarlo en palabras. Gracias a Dios, el señor McArthur acudió en su ayuda.

—Peter, siento que pensases que te estaba criticando esta mañana. Me caes bien. He conocido a un montón de chicos populares que han pasado por esta escuela. Los mejores de los mejores, quiero decir. A muchos de ellos se les sube la fama a la cabeza, pero no creo que sea tu caso.

A Peter le avergonzaban los halagos; miró hacia la pared, en la que vio todavía colgado un calendario de Adviento con todas las ventanitas de la cuenta atrás hasta la Navidad abiertas. Había esperado un sermón por parte del señor McArthur, no una retahíla de virtudes.

—Ya.

—La mayoría de los chicos no hubiesen pensado dos

veces en lo que he dicho en clase. Así que ¿por qué crees que a ti te ha afectado tanto?

—No lo sé.

—Vale. Deja que te pregunte una cosa: ¿qué hace que un libro sea un buen libro?

—No leo demasiado. Aparte de las lecturas obligatorias, quiero decir.

—Entonces te lo diré. Los mejores libros no hablan de cosas que nunca antes habías pensado. Hablan de cosas que siempre has pensado, pero creías que nadie más pensaba. Los lees y, de repente, estás un poco menos solo en el mundo. Eres parte de esta comunidad cósmica de gente que ha pensado en *eso*, sea lo que sea. Creo que eso es lo que te ha pasado hoy. Ese miedo de desperdiciar tu futuro ya estaba en tu mente. Solo lo he subrayado.

Algo dentro de Peter se removió con dicha explicación.

—Quizá.

—Es bueno, Peter, preocuparse de darle un sentido a la vida. ¿Eres creyente?

—Supongo. Quiero decir que creo en Dios y eso.

—Ahí tienes algo, entonces. La religión consiste en intentar dar sentido a las cosas. Y tendrás que perdonarme si me estoy metiendo donde no me llaman, pero ¿alguna vez has perdido a alguien? ¿A alguien cercano, quiero decir?

—Sí —respondió Peter, un poco asombrado ante la intuición del señor McArthur—. A mi hermano mayor, hace un par de años. ¿Por qué?

—Mi padre murió cuando yo era muy joven. Eso hizo que tuviese que enfrentarme a cosas que mis compañeros podían permitirse el lujo de ignorar. Las grandes preguntas. ¿Te suena?

—No estoy seguro.

El señor McArthur guardó silencio por un momento esperando a que Peter añadiese algo más y, entonces, frunció las pobladas cejas.

—Lo que quiero decir, Peter, es que eres una de esas personas a las que se ha bendecido no solo con talento, sino con conciencia de uno mismo. Y eso significa que puedes escoger qué hacer con tu vida en lugar de dejar que la vida escoja por ti. Pero tener ese poder, el poder de escoger, puede ser un arma de doble filo. Porque puedes escoger mal.

—¿Y cómo sabes si estás escogiendo mal?

—Dímelo tú. ¿Crees que es mejor fracasar en algo que merece la pena o tener éxito en algo sin sentido?

Peter respondió antes de darse cuenta de que lo estaba haciendo.

—Fracasar en algo que merece la pena.

Las implicaciones de su respuesta le golpearon como un codazo en pleno esternón.

El señor McArthur rio.

—¡Pareces totalmente desolado!

—Bueno, me está diciendo que deje de hacer la única cosa en la que destaco.

—No. No estoy diciendo que dejes de hacerlo. Lo que digo es que lo evalúes. Lo que digo es que escojas. Puedes ignorar todo lo que te he dicho hoy si quieres.

—¿Puedo?

—Supongo que eso depende del tipo de persona en el que quieras convertirte. —El señor McArthur se levantó y le tendió la mano—. Estoy seguro de que lo resolverás. Ven a verme cuando quieras.

Peter también se levantó. Era unos centímetros más alto

que el señor McArthur, pero se sentía más pequeño de lo que se había sentido en años. Se estrecharon la mano. Cuando Peter se iba, el profesor lo llamó.

—Esto, ¿Peter?

—¿Sí?

—El conejo.

Peter bajó la vista. Tenía el conejo atrapado con la mano izquierda y lo apretaba tan fuerte que la cara del pobre animal estaba completamente abollada.

—Disculpe —dijo Peter y lo lanzó de nuevo al sofá.

Afuera ya estaba oscuro del todo. Peter se sentía una persona diferente; sus certezas habían desaparecido con la luz del día. Resultaba casi perfecto para su estado de ánimo que el cielo se hubiese convertido de repente en un escenario desconocido: contra un fondo morado berenjena brillaba una sola estrella azul, como un zafiro, como una mota de luz de tarde que alguien se había olvidado de borrar del firmamento.

Peter oyó cómo se abría una puerta muy cerca de allí. Alguien salía del edificio de la Facultad de Arte, arropada por un remolino en forma de bufanda multicolor que él sabía que había tejido ella misma: Eliza Olivi. Era la primera vez que estaban solos desde hacía casi un año. ¿Y tenía que ser ese día, de todos los días del mundo? ¿Cómo llamaban a eso? ¿Serendipia?

—¡Eliza! —la llamó—. ¿Has visto esa estrella? ¿No es alucinante?

Y, aunque seguramente lo había oído, ella siguió caminando.